

Nómadas

Jorge Molinero Huguet

Prólogo de
Ousman Umar



trampa

Primera edición: abril de 2022

© 2022, Jorge Molinero Huguet
© 2022, de la edición en castellano para todo el mundo:
Trampa ediciones, S.L.
Carrer Ciutat de Granada 69. 08005 (Barcelona)
© 2022, Ousman Umar, por el prólogo
© 2022, Laia López Barnadas, por la fotografía de cubierta

Todos los derechos reservados.

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro.
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-18469-12-1
Depósito legal: B-6.893-2022

Compuesto en La Nueva Edimac, S. L.
www.edimac.com

Impreso en Agpograf, S. A.
(Barcelona)

T R 6 9 1 2 1

PRÓLOGO

Ousman Umar

Nómadas llegó a mis manos porque Jon, el editor de la historia, llamó a mi puerta: me habló de Jorge, de su hijo Moha y de su libro. Estuvimos conversando por teléfono y, en unas horas, tenía un ejemplar de la novela en mi bandeja de entrada.

Me permito la osadía de introducir la historia de Moha y de sus amigos, a quienes él mismo no duda en llamar «hermanos», un grupo de jóvenes de diecisiete años que comparten un mismo origen, África, y un mismo trayecto, la inmigración.

Enseguida me sumergí de pleno en la lectura de la novela, que me resultaba lejana y profundamente conocida a la vez. Me hizo recordar y me sorprendió. Y, lo más importante, me pareció que este libro es especial porque es sincero.

La historia de estos chicos es personal y única. El relato se construye a través de la mirada de Moha, un joven con una personalidad —permítidme de nuevo—, descarada, fresca, vitalista y, ante todo, bondadosa. Desde sus pensamientos y sentimientos, Moha —acogido seis años atrás por una familia de Barcelona— nos narra de manera relajada y honesta las

vidas de sus amigos y la suya propia. Conocemos así a unos jóvenes cuyas experiencias se encuentran marcadas por campamentos de refugiados, familias separadas, pateras y camiones, racismo, pobreza... Y todo desde su mirada juvenil, una mirada que Jorge ha dibujado con detalle, carisma, cariño y, sobre todo, autenticidad. Repito, *Nómadas* es especial porque es sincero.

En realidad, lo que sucede con estos jóvenes va mucho más allá de sí mismos. Sus testimonios cuentan la historia de miles y miles de niños y niñas, la historia de los que se han separado de sus familias, de los «menas», de los que no murieron en el mar pero sí vieron morir a los que tenían al lado, de los que no llegaron a contarlos, de aquellos que lo abandonaron todo... Niños y niñas. Como bien dice Moha en el libro: «Todos los africanos hemos llegado a España para cumplir algún sueño». Y qué cierto Moha, qué cierto.

Os animo a leer esta preciosa historia, a adentraros en el corazón del protagonista, con quien es muy fácil empatizar. Ojalá podamos hacerlo con todos los Mohas, todos los Mamadús, todas las Jadiyahs.

Marzo de 2022

Para Sidame, Ahmed, Bubakar y Niyam, los de allá
Para Sabela, Lalia y Mateo, los de aquí
Para Moha, de allá y de aquí

*Inquirido sobre a sua raça, respondeu:
A minha raça sou eu, João Passarinheiro.
Convidado a explicar-se, acrescentou:
Minha raça sou eu mesmo. A pessoa é uma
humanidade individual. Cada homem é
uma raça, senhor polícia.*

MIA COUTO
Cada Homem É Uma Raça
(Extracto das declarações
do vendedor de pássaros)

«Yo soy un moro judío, que vive con los cristianos. No sé qué dios es el mío ni cuáles son mis hermanos».

*Dice Jorge Drexler que le dijo Joaquín Sabina
que lo escribió Chicho Sánchez Ferlosio.*

Esta mañana volvió a suceder. La señora de la derecha cruzó el bolso hacia el lado contrario. Después, la chica que estaba a mi izquierda cambió de asiento. Tuve ganas de insultarlas, pero no hice nada. No les dije nada. Hace tiempo que aprendí que no merece la pena; que debo vivir de espaldas a toda esa mierda. Hacer como si no existiera. Es mejor no meterse en líos. Simplemente me ajusté los auriculares bien adentro de las orejas. Eso hice. Me gustan el *trap* y el *drill*. Escucho a grupos argelinos muy buenos. También a grupos latinos, pero los argelinos son mejores. Cuando viajo en metro siempre escucho música para anular esa maldita voz repetitiva que anuncia cada una de las paradas. Le he cogido manía a esa voz. No soporto que repita el nombre de la parada en catalán y castellano. ¿Nadie se ha dado cuenta de que la parada se llama igual, aunque hables en ruso? Hay que ser gilipollas, la verdad. Hace tres años que recorro el mismo trayecto para ir de casa al instituto. Estudio Formación Profesional. Ya tengo el título de monitor de tiempo libre, y este año acabaré, *Insha'Allah*, el Grado de Asistente Social. Si tengo suerte encontraré un trabajo y le podré enviar dinero a mi madre.

Me refiero a mi madre de verdad, no a la de aquí. Estoy haciendo las prácticas en una residencia de viejos, y la directora me ha entregado un informe muy favorable. Creo que se me da bien trabajar con los viejos. Al principio algunos me miraban mal. Supongo que es porque se asustan de los moros. Es normal, en mi país los viejos tampoco se fían de los *násara*. Nosotros llamamos násara a los europeos. Significa cristianos, pero da igual, les llamamos así a todos, sean cristianos o no. Es como cuando los españoles nos llaman moros a nosotros, seamos del Sáhara, de Argelia o de Marruecos. Un día, una anciana me propuso llevarme a la iglesia para que me bautizaran. Me partí de risa. Le dije que ni hablar, que ya se podía olvidar de semejante ocurrencia. Entonces sonrió mostrando sus encías amoratadas, porque aún no se había puesto la dentadura, y me confesó abiertamente que, en realidad, le tranquilizaba estar conmigo porque sabía que yo rezo a diario, y me dijo que los jóvenes españoles ya no rezan nunca, y que está muy preocupada por el futuro de sus nietos, porque podrían acabar en el infierno. Pero al menos yo sí que creía en Dios, aunque no fuese en el verdadero, según ella, y por eso le gustaba tanto hablar conmigo. Esa vieja es tremenda. Se llama Amparo, y es muy divertida. Nos llevamos bien. A mí también me gusta la gente que cree en Dios. En mi país todo el mundo cree en Dios, pero en España la mayoría no cree en nada. Dicen que después de la muerte se acaba todo. Que te mueres y punto. *Game over*. Es su problema; ellos sabrán lo que hacen. En la residencia también me ocupo de otros dos señores muy simpáticos que hacen trampas cuando jugamos a las cartas. Yo hago como que no me entero, y ellos se ríen y murmuran a

mis espaldas cuando se acaba la partida. Pero no todo es tan gracioso en la residencia. Algunos viejos se cagan encima y otros no pueden ni moverse. También hay una vieja que está loca y se pasa el día gritando, y otra que está completamente sorda. Esos dan lástima. Sobre todo, uno que cada mañana se viste muy elegantemente y se anuda la corbata porque dice que su hijo irá a visitarlo. Llevo tres meses de prácticas en la residencia y nunca he visto llegar a ese hijo. Por la tarde, cuando le llaman para merendar, al viejo no le queda más remedio que admitir la realidad. Entonces su mirada se vuelve triste y mi ánimo se viene abajo. Una vez tuve que salir corriendo al baño porque no podía contener las lágrimas. Si algún día me encuentro con su hijo tendré que aguantarme las ganas de partirle la cara. Aquí me refiero a todos ellos como los viejos, o los ancianos, o simplemente el hombre tal o la mujer cual, pero en la residencia se les llama usuarios. Cuando escuché por primera vez eso de los usuarios no me lo podía creer. Me parece que llamar usuario a un viejo es de muy mala educación. Sin embargo, mis profesoras y la directora del centro me dicen lo contrario: según ellas lo que está mal es llamarlos viejos, e insisten en que la palabra adecuada es usuarios. Yo no consigo entenderlo, pero bueno, tampoco voy a discutir, porque lo que yo quiero es aprobar las prácticas, aunque en realidad me gustaría explicarle a la directora y a las profesoras que en mi país nadie llamaría usuario a un viejo, y tampoco lo llamaría persona mayor. Estoy hablando de mi país, pero en realidad me refiero a unos campamentos de refugiados. En verdad, no conozco mi país y, aunque soy joven, no creo que llegue a pisarlo algún día. Probablemente no. Pero bueno, estaba diciendo que en

el Sáhara nadie diría persona mayor para referirse a un viejo porque no tiene sentido usar dos palabras para nombrar algo que se puede decir con una. Tampoco nadie diría usuario. ¡Qué bobada! Cuando apruebe y tenga el título se lo diré a las profesoras; al menos que lo sepan. Y también les diré que en mi país nadie abandonaría a los ancianos en ninguna residencia, porque los viejos del desierto siempre tienen una hija, una sobrina o una nieta que los cuide. En el desierto, son las mujeres las que cuidan a los viejos. Una vez dije esto mismo en clase y se montó un lío tremendo. Algunas de mis compañeras protestaron. Yo trataba de defenderme, pero no me querían escuchar. Estaban enfurecidas. Al final, la profesora me dijo que en el Sáhara éramos unos machistas. Eso me sentó fatal. Aquella profesora española estaba dando clase en un aula a la que asistíamos dos chicos entre dieciocho chicas, la mayoría inmigrantes, y sin embargo me llamaba machista a mí y a todos los hombres de mi país. Traté de mantener la calma y le respondí a la profesora que la única diferencia es que en España la gente paga a mujeres extranjeras para que hagan el trabajo, mientras que en el Sáhara lo hacen las mujeres de la familia. Es igual de machista, solo que en España es un machismo de ricos y en el Sáhara de pobres. A la profesora no le gustó mi argumento, porque se le agrió el gesto y cambió de tema. Mis compañeras, las enfurecidas, se callaron de repente. No sé por qué, pero lo cierto es que el trabajo social no atrae a los varones. Ni en el Sáhara, ni en España. En mi caso, las prácticas en la residencia me han servido para descubrir que tengo algo parecido a una vocación por el trabajo social. Ya lo intuía antes de empezar, y supongo que por eso elegí estudiar este grado y no otro, pero uno nunca sabe

si algo le gusta de verdad hasta que lo prueba. Y ahora que estoy a punto de terminar las prácticas tengo la certeza de que me gusta el trabajo social. Además, mis profesoras están convencidas de que se me van a rifar cuando termine, porque hay muy pocos hombres en el sector, y hacen mucha falta. Y eso es verdad. Me he dado cuenta de ello durante estos meses en la residencia, porque los viejos siempre piden que los atienda yo. Desde el día en que llegué no quieren saber nada de mis compañeras. Prefieren que sea un hombre el que les limpie el culo después de cagar, o el que los vista y los desvista. Es normal. Yo tampoco querría que una mujer me limpiara la mierda o me viera desnudo mientras me pone los pantalones. Es humillante. Lo cierto es que me siento bien ayudando. Ojalá algún día encuentre trabajo y me paguen por ello. A veces me acuerdo de un refrán del desierto que dice que quien no vive para servir, no sirve para vivir. Mi abuela lo repetía cada vez que me pedía ayuda para cualquier cosa. En aquella época mi abuela estaba preocupada porque todos sus nietos éramos varones, pero luego nació mi hermana, y después mis primas, y ya se quedó tranquila. Ahora sabe que siempre habrá alguien que podrá cuidarla hasta el día en que Alá la reclame para ingresar en su reino. Si le contara a mi abuela lo de las residencias de viejos en España, no se lo creería. Extraño mucho a mi abuela. No pasa un solo día sin que piense en ella.

* * *

La mayoría de mis amigos estudian mecánica, o electricidad, o informática, o educación física. Muy pocos eligieron un bachillerato para ir luego a la universidad. Creo que no eligieron